

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

Montaño cuelga el teléfono y dice sin mirarme, en ese tono que llegaría a conocer tan bien en las próximas veinte horas: «Tranquilita o la esposamos... la vamos a llevar a la cárcel de Puebla; allá pide sus derechos, a ver si se los dan». Sonríe apacible. Arrancan de nuevo.

LA CARRETERA DEL HORROR

Hacen una parada en la gasolinera de la esquina y a la derecha se detiene la Liberty blanca. Observo que la maneja un sujeto delgado con bigote y de copiloto va un hombre mayor de cabello canoso que abre la ventana y les da instrucciones. Trae un arma en la sobaquera (todos están ostensiblemente armados); atrás va la mujer rubia que vi cuando me levantaron en mi oficina y a la derecha el Jetta rojo. Comienzo a contar: van dos agentes adelante y tres atrás; cinco, seis... son diez. Volteo a mi espalda y miro una camioneta tipo Suburban verde soldado con vidrios polarizados, pero no puedo ver más que el perfil del conductor. El hombre del Jetta rojo les da instrucciones para salir, derecho a la carretera a Mérida, y les indica que les sigan. Arrancan rápidamente.

Salimos a toda velocidad hacia la carretera, escoltados por los tres flancos. Los vehículos nos llevan hasta la salida a Mérida. Una vez cerca de la caseta, los agentes del Jetta rojo tocan el claxon y se despiden de los agentes de Puebla. Montaño abre la ventana y agradece amablemente, enseguida la cierra y el conductor se ríe.

El fólder rosa está entre los asientos delanteros, frente a mí. Le pido que me deje leer de qué se me acusa. Aunque en esta ocasión yo le hablaba en tono suplicante, él me responde gritando: «¡Cállate, no te pongas histérica porque te esposamos!». Hace esto

UN SECUESTRO LEGAL

mostrándome el arma que tiene junto a él, mientras mira por el retrovisor. Entonces guardo silencio.

De pronto caigo en cuenta de que pasaré un viaje de más de 1.500 kilómetros con dos policías armados y otros tres en el auto trasero. Nunca me sentí tan sola, tan vulnerable, tan consciente de que soy mujer. Muchas veces había dicho a las mujeres en situación de violencia doméstica que elaborasen su plan de seguridad; esta vez me tocaba a mí: hacer una lista mental de las cosas que no debo decir, para evitar hacer enojar a mis captores, intentar que por donde pasemos alguien me vea. Debo observar en qué kilómetro nos detenemos (si es que hacen paradas) y guardar la calma.

De pronto pasó por mi mente una pregunta: ¿por qué el procurador de Quintana Roo me dejó ir si sabe que tengo amenazas de muerte? ¿Y si Ana Patricia dijo que no me llevan por un delito que amerite cárcel? Una veintena de veces he estudiado casos de sicarios con identificación de la Policía Judicial o de la Agencia Federal de Investigaciones. ¿Cómo saber si éstos no son sicarios de la Judicial? No puedo saberlo, pensé, sólo me queda rogar llegar viva a Puebla. Que mi equipo llame a la gente adecuada, que sepan que si me matan ese costo puede ser alto. No me queda más que esperar e imaginar que llego viva.

Los agentes comienzan a platicar entre ellos. Ahora Montaña es muy cortés y me explica que su jefe lo mandó a él porque tiene fama de ser amable; a su vez, el que conduce el auto, Pérez, se ríe y dice que por su culpa (de Lydia) ni el mar pudieron ver en Cancún; que llegaron ayer jueves y que por su culpa se van a perder la posada de la Procu. Hablan entre ellos y dicen que ni siquiera pudieron desayunar por andarse arreglando con los agentes de Cancún. El que va conduciendo dice que los traía fregados «el señor, el patrón» (no sé de quién hablan).

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

«¿Quién es el patrón?», me atrevo a preguntar. Sin mirarme, Montaño responde: «Pues ¿por qué se anda metiendo en la vida de los jefes?, ¿pa' qué anda escribiendo sus intimidades?... Tan bonita y tan metiche».

Pasa un rato en silencio. Al cruzar la caseta, intento que el cobrador me mire, a espaldas del piloto; mi gesto es de angustia; Sin embargo, él me ignora. Pérez intenta pagar, pero el cobrador les dice que no es nada (se trata de «una cortesía»). Ellos comentan que qué bien los tratan en Cancún.

Me atrevo a preguntar quiénes son los tres de la Liberty blanca, para qué tantos judiciales para detenerme como si fuera mafiosa. Entonces responde Montaño: «Pues ya ve, creímos que iba a haber fuegos artificiales con los AFIS. Ellos [se refiere a los de la Liberty] están aquí para cuidarnos a nosotros, no a usted».

Pérez comienza a hablar de los presos por delitos sexuales y cómo les va mal con ellos y luego los violan en las cárceles. Me hacen preguntas como si no supieran quién soy. De pronto Montaño me dice que se metió en internet para saber quién era yo; me hace plática sobre mi programa de televisión. Me descubro respondiendo amablemente, intentando establecer un vínculo, haciéndoles saber que mucha gente me conoce y me estará buscando. A ratos me ignoran y se ríen, hacen bromas entre sí, de cómo se les han tratado de dar a la fuga algunos detenidos. Me preguntan constantemente si me gusta el mar, si van a pasar por el mar de noche y si me gusta nadar. Montaño dice que de niño su padre lo llevaba a Veracruz al mar. Me pregunta si mucha gente se ahoga en el mar. Yo les digo que soy buena nadadora. Entonces ellos se ríen y comentan que es bueno, «porque a lo mejor al ratito la tiramos al mar», dice el conductor.

Recuerdo mi pasado, los viajes en el mar, buscando en mi memoria una fortaleza interior que en este instante me es ajena.

UN SECUESTRO LEGAL

Comienzan a hablar acerca de mi libro y de pronto escucho, con gran familiaridad, el nombre de Kamel Nacif. «¿Quieren saber por qué escribí el libro?», les pregunto, acercándome hacia delante en el asiento. Montaña voltea de pronto y me ordena: «¡Manos atrás, recargada!». Pasan unos segundos y pregunta: «¿Para qué se metió con Kamel?». Un escalofrío recorre mi espalda: la familiaridad con que se refieren al protector de Succar Kuri me da indicios de que él podría ser «el jefe» al que llamaron. Empiezo a explicarles de qué se trata mi libro. Les pregunto si tienen hijos o hijas. Montaña responde que sí: dos, y Pérez dice que también. Sin pensarlo, con la boca seca, les pido que se imaginen que mientras ellos vienen aquí, conmigo en el auto, un hombre se acaba de llevar a su hija o hijo pequeño y les está usando para hacer pornografía, violándoles. El piloto me interrumpe y hace una descripción detallada y con obscenidades de cómo asesinaría a ese hombre. Cortaría sus genitales y lo descarnaría vivo para luego matarle. Montaña dice que lo mismo, pero nadie en Puebla se atreve a meterse con ellos; allá, ellos mandan. Intento hablar y me da un acceso de tos; con la falsa sensación de que no me maltratarán, les explico que en verdad estoy enferma. Pérez me pide que me acerque, que me asome; obedezco: «Tengo tu medicina aquí... un jarabito, ¿quieres?» (se toca los genitales y se ríen).

Regreso a mi respaldo, con las manos a los lados, para descansar los brazos. De vez en vez, Montaña me hace comentarios acerca de cómo debo obedecerles. La orden es que ponga las manos a mi espalda.

Pregunto por qué son policías, intentando narrarles las ignominias de Succar Kuri y sus amigos; me hacen preguntas, luego responden a las mías. Montaña me dice que tiene veinte años trabajando para la Policía Judicial y que su padre también era policía

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

en los tiempos de gloria del Negro Durazo. Me doy cuenta de que me mienten. A ratos me explican que durante dos meses me estuvieron buscando y no sabían dónde encontrarme; pero se contradicen pues de pronto afirman que estuve mucho tiempo de viaje, que si no me preocupa que alguien se meta en mi departamento, que está muy bonito. Suena el celular de Montaña y éste responde y cuelga. Le dice a su compañero que el jefe está preocupado, que pregunta si traemos cola —testigos, pues, aclara el comandante—. Hacen un par de llamadas y entonces logro comprender que preguntan a los sujetos de la Liberty si alguien nos sigue. Yo me descubro suplicando a manera de rezo que mi escolta venga siguiéndonos. Les vuelven a llamar; el comandante le dice al piloto que no, que nadie viene detrás. «La dejaron solita», dice Montaña, y comienzan a hacer una historia entre ellos de cómo voy a tener que portarme bien y si quiero que me den de comer, debería hacerles sexo oral. Yo guardo silencio.

Han pasado un par de horas, mientras los agentes me explican que me metí en un lío gordo al escribir ese libro. Mezclan sus comentarios sobre lo poderoso e importante que es Kamel Nacif y lo tonta que fui yo al atreverme a difamarlo y lo guapa que estoy; pensaron qué buen regalito les daba el jefe cuando en Puebla les enseñaron mi fotografía en bikini. Sentí acidez que subía por mi esófago; caí en cuenta que el último alimento que había ingerido era un plato de frutas a las ocho de la mañana. Pero no tenía apetito, sino que sentía náuseas. Cuidadosamente, a ratos movía los brazos hacia delante para quitarme el entumecimiento de los brazos y manos. Intentaba mantener la mente ocupada observándolos, escuchando su tono de voz. Era esquizofrénico: lo mismo me hablaban con un tono amable y respetuoso que con insultos y explicaciones de cómo yo era su regalito y nos íbamos a divertir mucho en el viaje.

UN SECUESTRO LEGAL

En un momento de silencio me atreví a pedir a Montaña que me dejara hacer una llamada telefónica. Para mi sorpresa, me dice: «Claro que sí, nada más que paremos en una tienda porque se me acabó el crédito de la tarjeta». Respiro profundamente. Unos veinte minutos más tarde, el vehículo se detiene en un paradero. Les pido permiso para bajar al baño. Montaña me responde que sí y acto seguido comienzan a explicarme que no vaya a correr, porque así tuvieron que dispararle a un preso que levantaron en Veracruz y que se les fueron las balas. Se preguntan entre ellos si alguna vez se supo quién mató al preso que intentó huir cuando lo dejaron ir al baño. Comentan los pormenores del asesinato y cómo lo subieron al auto, orinado en sus pantalones por hacerse el listo. Me quedo en el auto, callada. Esa escena se repitió, con cambios de palabras, más de cuatro veces, cuando les pedí que me permitieran bajar al baño a lo largo de las veinte horas. Nunca consintieron, salvo horas más tarde cuando paramos a comer.

Suben nuevamente al auto. Llevaban botanas y refrescos. Entre bromas me ofrecieron algo de tomar sólo para responder que si traía dinero me comprara la botella de agua que les pedía. De pronto suena el celular y Montaña responde con monosílabos: «No, señor... venimos solos». Cuelga y muy amable me pregunta: «A ver, señora, ¿cuál es el número de su familia?». Nerviosa, intento recordar un par de números celulares, pero no puedo: ¡maldita memoria! Acostumbrada a que los números están guardados en el aparato celular, he perdido la costumbre de memorizarlos. Hago un esfuerzo y le dicto un número. Lo marca y escucha que esté sonando; entonces me mira y me dice: «Manitas atrás». Yo me adelanto con los brazos a mi espalda, pone el celular en mi oído y cuando escucho una voz, lo retira y se queda escuchando él mismo. Corta la llamada y dice: «No contestan». Pasan diez minutos y se repite la escena; por alguna razón que desconozco, invadida

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

por la angustia, en cada ocasión pienso que me dejará hablar con alguien. Pero no, al final se ríen y me dice: «Ya tuvo sus llamadas, no una sino varias», sonrío, y se acomoda en su asiento para comer sus botanas y tomar refresco. Eso lo repite más de diez veces en el camino; a pesar de su actitud, yo le doy los teléfonos de mi oficina. Afortunadamente, eso permite que el identificador de llamadas de la oficina detecte que es un celular de Puebla y más tarde le marquen. Montaña responde, pero cuelga. Meses después, durante el juicio, Montaña aportará los registros telefónicos de su celular con estos números para asegurar que se me había permitido llamar cuantas veces quise.

Mientras tanto, en la oficina del CIAM Cancún se encontraba reunido todo el equipo de mujeres y hombres de la junta directiva. Dado que el trabajo del CIAM es peligroso y varias veces hemos tenido amenazas de muerte, seguimos un protocolo para emergencias. Emma Rosales, la coordinadora de trabajo social, es la responsable de coordinar la red de emergencia. José Antonio Torres, miembro de la mesa directiva, había llegado al CIAM para apoyar a las coordinadoras, quienes con las listas de teléfonos en mano hacían llamadas con el mismo mensaje: «Lydia Cacho fue secuestrada por agentes judiciales, no hemos podido ver la documentación oficial y tememos por su vida. Llamen a las autoridades de Puebla para asegurar que no la asesinen». Amnistía Internacional, Human Rights Watch y la Organización Mundial contra la Tortura emitieron boletines urgentes. El equipo del CIAM hizo una junta general: valorando el peligro, todas están en alerta roja. Ellas sí lo entienden: si está relacionado con el caso Succar, se trata de un asunto de redes del crimen organizado; además, hicieron una meditación y una oración.

En enero, al volver me contarían su experiencia. Para darse ánimos, durante las horas inciertas de mi detención, hablaban de

UN SECUESTRO LEGAL

mi carácter y mi capacidad para enfrentar las cosas. «No se preocupen —dijo una de ellas—; conociendo a Lydia, para cuando lleguen a Puebla ya los convirtió al feminismo.» No lloran juntas, pero varias se esconden en su cubículo a rezar y llorar. Los teléfonos no paran de sonar. José Antonio se hace cargo de la coordinación, en tanto que el equipo del CIAM decide que las oficinas sigan abiertas recibiendo víctimas; la vida sigue. Araceli Andrade, la coordinadora de abogadas, arroja luz sobre el tema. Ella es pobлана, por lo que el nombre de Nacif no le es ajeno. Cuando en la Procuraduría logra saber que la denuncia por difamación la interpuso el «rey de la mezclilla», supo que había una gran probabilidad de que me desaparecieran o asesinaran. Claudia, la coordinadora de psicología, también conocía historias de Nacif en Las Vegas. Para ellas, sospechar lo peor no significaba exagerar.

En el Distrito Federal, el periodista Jorge Zepeda Patterson, mi pareja, estaba en su oficina: ya había entrado en contacto con el equipo del CIAM minutos después del arresto. La coordinadora le dijo: «Se la llevaron en un convoy armado, varios autos; no nos han dejado ver la orden de aprehensión; parece que es gente de Kamel Nacif, el protector de Succar, el pederasta».

Jorge echó mano de su experiencia como fundador del periódico *Siglo 21* y ex subdirector de *El Universal*. A su lado Alejandro Páez, también periodista y editor de la revista *Día Siete*; ambos escribían comunicados al Comité de Protección de Periodistas en Nueva York (CPJ) y enviaban cables de urgencia a todos los noticieros y medios nacionales. Hasta donde ellos sabían, éste era un secuestro legal; es decir, aunque quienes me llevaron eran policías judiciales y argumentaban tener una orden de aprehensión, nadie había tenido acceso a la detenida ni visto los documentos, y la manera como se esfumaron de la Procuraduría les había dejado con la duda. La noticia corrió como reguero de pólvora.

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

Nadie imaginaba —más que los involucrados— que detrás del evento estaba la mano dura del gobernador Mario Marín, de la procuradora Blanca Laura Villeda y de Guillermo Pacheco Pulido, presidente del Tribunal Superior de Justicia de Puebla. Hasta el momento, lo que se creía era que Nacif había contratado a unos judiciales para llevarme a algún lugar. La esperanza era que llegara viva a Puebla. La estrategia entonces era clara: Jorge habría de hacer llamadas a gente que conocía mi trabajo tanto de periodista como de directora del CIAM Cancún, para pedirles que llamaran al gobernador con el fin de que éste se asegurara de que los policías no fueran a asesinarme, es decir, para enterarlo de un acto de tráfico de influencias de Kamel Nacif. Jamás imaginaron que la colusión delictiva había sido orquestada por el propio gobernador. Y así fue.

El periodista Carlos Loret de Mola y Florencio Salazar, entonces secretario de la Reforma Agraria, buscaron al gobernador Marín para hacerle saber de la situación. Pero tardaron varias horas en encontrarlo porque «estaba en una comida campestre de despedida de vacaciones navideñas». Finalmente, cada uno por su lado escuchó decir a Marín que «no sabía del caso, pero vería que todo se hiciera dentro de la legalidad». Marín jamás imaginó que en tanto esto sucedía, mientras él mentía sin ton ni son a quienes le llamaban y él intercambiaba, por otro lado, conversaciones de su colusión en los hechos con Kamel Nacif, alguien estaba grabando su voz para la historia que le convertiría en «el góber precioso».

Otras llamadas al gobernador a lo largo de la tarde y noche tuvieron el mismo resultado. Josefina Vázquez Mota, quien encabezaba la Secretaría de Desarrollo Social y había visitado las instalaciones del Refugio y conocido del caso Succar, obtuvo la misma respuesta. Igualmente intervino la valiente senadora priísta Lucero Saldaña, a quien conocí cuando era presidenta de la Comisión de Equidad y Género de la Cámara de Senadores de la República.

UN SECUESTRO LEGAL

La entonces embajadora de España, Cristina Barrios, había sido madrina de inauguración del Refugio CIAM y unos días antes de la detención mantuvo una reunión con Marín, en la cual se había firmado un convenio de la Cooperación Española para los grupos indígenas de la sierra poblana. Era viernes por la noche cuando la embajadora llamó a Marín y le pidió que se asegurara de que el arresto era legal y que se respetaran mis derechos. El gobernador, según me diría después la embajadora, negó conocer el asunto y prometió «averiguar de qué se trataba».

Al caer la noche, Jorge recibió una llamada del general Jorge Serrano Gutiérrez, jefe de la unidad Antiterrorista de la SIEDO y hombre de confianza del subprocurador Santiago Vasconcelos. Serrano —quien un año antes recibió mis denuncias por amenazas de muerte, y al conocer las pruebas fue el encargado de autorizar que se me consignara una escolta— comentó que había hablado con la procuradora de Puebla para hacer responsable a su gobierno de mi vida, toda vez que los judiciales poblanos habían dado un «esquinazo» a los AFIS que me custodiaban.

Mientras tanto, en la carretera, sigo ignorante de cuánto se movía a mi alrededor. Comienza a caer la tarde. El celular de Montaña suena reiteradamente, pero él contesta con monosílabos. Un par de veces le insisto en que me permita hacer una llamada y él me responde que sí, que cuando compre otra tarjeta.

Son casi las siete de la tarde, cuando nos detenemos a comer en una pequeña lonchería a la vera de la carretera, pasando Mérida. Miro el nombre escrito en la pared: «Don Pepe», estamos al lado de una gasolinera. Nos bajamos, me ordenan que entre en silencio y que no hable con nadie. Camino tan rápido como las piernas entumidas y el dolor de vejiga me lo permiten y me dirijo hacia el baño.

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

Antes se unieron a nosotros los dos hombres de la Liberty, pero no veía a la mujer. Pegado a mí, por primera vez, está el hombre alto de cabello blanco de la Liberty. Al entrar en el pequeño baño, él se pega a mi espalda, rozando su vientre a mis nalgas. Intento quitarme, pero él me toma el cuello y me dice bajito al oído, pegándose a mi cuerpo: «Tan buena y tan pendeja. ¿Pa' qué te metes con el jefe? ¿Quieres?», pregunta, apretándose más a mis nalgas para que sienta que está excitado. Pone su mano en mi seno izquierdo y me aprieta hacia sí; siento en el omóplato su arma, me lastima y se lo digo. «¿Te gusta la pistola, periodista?», pregunta pegando su boca a mi mejilla. Siento su aliento ácido en mi nariz; las ganas de vomitar se apoderan de mí. «Por favor, déjeme entrar», le digo, mirándolo con una mezcla de rabia y miedo. «¿Qué me das?», pregunta, apretando más sus genitales a mí. El llanto me inunda los ojos y, sin medir mis palabras, le digo: «Primero muerta —levanto la voz para que me puedan oír en el restaurante—; ¿me va a dejar ir al baño?» Me avienta al baño, entro a una endeble portezuela de acrílico blanco, paso el débil cerrojo, frente a mí veo su silueta y escucho su voz apresurándome. Al salir camino rápido hacia el lavamanos y en ese instante entra la mujer rubia, pero el policía se interpone entre nosotras y me dice al oído: «Rapidito, periodista».

Un momento después, nos sentamos todos juntos. Me ordenan que me siente en la cabecera flanqueada por Montaña y Pérez, al otro lado el delgado de bigotes que conduce la Liberty y el canoso que me acosaba en el baño. De pronto sale del baño la mujer joven de cabello teñido de rubio y no me mira a los ojos; a ella la sientan en la otra cabecera. Intento hablar con ella, pero el de pelo blanco le ordena que se calle y no me deja hablar. Interrumpe y ordena tres platillos para él, se queja de todo y los regaña. Todos están ostensiblemente armados (traen el arma metida en

UN SECUESTRO LEGAL

la sobaquera). Cuando comienzan a comer ponen las armas sobre las mesas de metal con marca de cerveza. Los camioneros que entran en la lonchería se quedan mirando a los judiciales, pero nadie se acerca a nuestra mesa.

Desganada como un trozo de pollo, insisto a Montaña en mis medicamentos, pero él me dice que no tienen dinero y que después los comprarán. El hombre de cabello blanco les indica —como si yo no estuviera presente—: «Si sigue chingando, la esposan. Llegando a Puebla le dan la medicina», y enseguida se ríe.

Ellos dicen desconocer el camino y discuten porque de ida se equivocaron y tomaron una carretera libre muy jodida. El hombre de cabello blanco dice de pronto: «Tenemos que parar en Champotón; allí tienen unos cócteles de camaroncitos buenísimos; además, está bonito el mar para nadar y ya estará oscuro». Cruzan miradas y guardan silencio. Alejo mi plato; las náuseas no me dejan y me siento afiebrada. Por primera vez en años repito en silencio una oración católica que aprendí en la infancia.

Salimos, me suben al auto y ellos se quedan hablando entre sí; enseguida cargan gasolina. Ya en la carretera me preguntan que qué hacía en el baño con el «jefe» (comprendo que hablan del hombre canoso). Respondo que nada, pero ellos comienzan una perorata de insinuaciones sexuales; ahora es Montaña el que conduce y Pérez fuma sin parar. La tos se ha recrudecido. No sé cuánto tiempo pueda aguantar sin regurgitar a causa de los espasmos.

Comienzan a hablar acerca de si en Champotón van a ver el mar e insisten en que el mar de noche se ve muy bonito. Montaña me mira por el retrovisor y me dice bajito: «¿Sabe nadar de noche en el mar? Eso sí... se cura o se muere». Vuelve ese tono cruel; me inquietan los cambios de carácter del comandante. Guardo silencio y calculo cuántas horas faltan para llegar a Puebla. Pienso... si me tiran al mar, ¿cuántas horas podré nadar? Cu-

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

bierta de escalofrío por la fiebre y el miedo, me abrazo buscando el consuelo de mis recuerdos.

Miro por la ventana. Viendo la selva en la carretera, digo sin mirar a los policías: «Soy capitana de velero, sé navegar y nadar». Me percató de que lo dije en voz alta y ellos hacen burla. Entonces intento mantener mi mente ocupada con recuerdos gratos: pienso en mi familia, en mi madre. ¿Qué haría ella en una situación así?, me pregunté. Pensé en mis hermanos y hermanas; en mi padre, en si sabrían que me habían llevado los policías. Estaré bien, estaré bien, de seguro Jorge y mi equipo están haciendo todo para que no me maten, decía hacia la ventana como si el vidrio del automóvil pudiese enviar mi mensaje a alguna parte.

De repente suena el teléfono de Montaña, pero decido ignorarlo. De pronto me dice: «A ver, periodista, puede hacer una llamada». Le menciono un número y responde Jorge, mientras miro a los ojos a Montaña, pensando que me arrebatará el teléfono y hablo atropelladamente. Le digo que ya pasamos por Mérida, que estamos en Campeche. Me pregunta si estoy bien; como no quiero perder tiempo, contesto: «Sí». En ese momento, Montaña pone su pistola frente a mi rostro y pierdo el hilo de la breve conversación. Jorge me informa que ya avisaron a Carlos Loret de Mola del secuestro, que ya salió en la radio, que no me preocupe, ya enteraron a las ONG para que el gobernador de Puebla sepa lo que está sucediendo. De pronto dice: «Pero te van cuidando mujeres, ¿estás bien, verdad?». «¿Mujeres? No, ¡son hombres!» En el instante, Montaña me arrebató el teléfono y cuelga.

De pronto, Montaña me dice, casi en tono dulce, que espera que ya confíe en él, que es bueno. Le digo que sí. Entonces me pregunta que si no voy a ir de chismosa como todos los detenidos que luego van a las agencias de Derechos Humanos. «No —le aseguro—, no iré», tiembla mi voz. Entonces me dice que eso es

UN SECUESTRO LEGAL

bueno, porque ellos ya saben dónde vivo en Cancún y que vivo solita en ese departamento, que saben por dónde se entra fácilmente y esa reja es fácil de abrir. Enmudezco. La paz recuperada por unos segundos al escuchar la voz amorosa de Jorge se desvanece y en su lugar se instala un frío marmóreo; mi piel ya no tiembla, sino que es de hielo, de cristal.

Montaño detiene el auto y dice: «Veamos, a ver si es cierto que le caemos bien». Pérez se baja del auto y sube a mi lado, mientras Montaño arranca otra vez. El sujeto, robusto, barrigón y con aliento a cebolla, se pega a mí. Me muevo y se acerca otra vez. Una vez pegado, me ordena que ponga las manos atrás. Obedezco. Saca su arma de la sobaquera y me dice: «¿Te gusta meter-te con hombres de verdad?». No respondo, sino que apenas respiro. Toma su arma, una escuadra, y me la pone en los labios. «Abre la boquita», insiste, apretando la pistola y lastimándome los labios. Comienzo a hablar, intento decir que mi gente ya sabe que ellos me llevan, pero no puedo, siento el frío metálico del arma en mi lengua y un sabor salado, tengo náuseas. Haciendo movimientos semicirculares mete más el arma. «Si toses se dispara», me dice. Yo cierro los ojos, pero él me ordena que los abra. «¿No que muy machita para andar de bocona? Eres una criminal, el jefe va a acabar contigo», sigue hablando y mirando de reojo a Montaño, quien nos observa por el retrovisor. Montaño, con voz apacible, me pide que obedezca a su pareja, porque es muy acelerado y él no puede hacer nada para detenerlo.

«Yo debería de estar en la posada; allí la jefa nos va a rifar autos y otros regalos, pero aquí estamos, nos chingaste por andar de bocona.» Sigue jugueteando un rato con la pistola en mi boca, la mete y la saca y hace comentarios obscenos de índole sexual. En un momento siento que me provoca el vómito y me dice casi juguetón: «École, que se dispara». Saca la pistola y me dice que ya

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

la mojé con mi baba, que la limpie. La pone en mi boca. Me quedo inmóvil, baja el arma y la pasa en semicírculos por mis senos. El cuerpo se me tensa y me pregunta si ya no me siento tan machita. Me quedo en silencio. Con una mano jala mi pierna derecha y la abre. Rápidamente baja el arma y la pone entre mis piernas. Me ordena que las abra más, pero me resisto. «¿O prefiere nadar?», me pregunta. Nunca como en ese momento me extrañó tanto que incluso para torturarme me hablaran de usted, es algo que jamás comprenderé.

Yo vestía jeans y una blusa de poliéster roja. En movimientos rápidos saca el arma de mi entrepierna y la mete en mis senos, empujándola hasta lastimarme, con la boca de la pistola atrapa el pezón y jala la blusa. Con la mano en mis genitales me lastima, apretando mi hueso púbico. «Ya ves, esto te pasa por andar inventando que el jefe se mete con niñas y esas cosas. Para que veas lo que se siente.» Sigue hablando sin parar; yo siento el arma que lastima mi seno, siento que en cualquier momento mi blusa se romperá y quedará descubierta; me angustio, intento respirar profundo y toso; instintivamente saco la mano de mi espalda para cubrirme la boca al toser. Entonces el agente se asusta y reacciona insultándome, creyendo que moví la mano para quitar el arma. Le digo que no e intento tranquilizarlo. Baja el arma otra vez y aprieta con fuerza mi abdomen bajo, pero le pido que no lo haga, pues necesito ir al baño. Se burlan los dos: «¿De verdad?, pues como quiera: o se avienta o se aguanta». Sigue oprimiendo con la pistola. Se dirige a Montaña y le dice: «No voltees, pareja, chécate el camino». Comienza a bajar el cierre de mi pantalón. Siento una incontrolable humedad en los pantalones. Retira la mano de pronto y comienza a gritarme que soy una cerda, cochina, que si no me enseñaron que hay que ir a mear a un baño y no en un coche. Le ofrezco disculpas y me descubro, explicándole que me es-

UN SECUESTRO LEGAL

taba apretando y que es su culpa. Entonces le pide a Montaña que se detenga; éste lo hace y aquél se pasa al asiento delantero.

Retomo las sensaciones de mi cuerpo. Estoy temblando de frío, tengo fiebre. Como quien ha corrido un maratón, siento el dolor en todos los músculos del cuerpo. Intento meditar, rezar, lo que sea para poder soportar más tiempo en el auto. Cruzo los brazos, aterrada de que vuelvan a exigirme que los ponga detrás; por un rato no me ven ni hablan conmigo.

Mirando por la ventana, vienen a mi mente las imágenes de mi familia, de mi madre, riendo y abrazándome. Una cena en casa de los abuelos portugueses... toda la familia junta. Así es esto, pienso, tengo cuarenta y dos años y voy a morir con un par de policías judiciales.

Una extraña sensación de tranquilidad me invade, siento las piernas dormidas. Pienso que así es la antesala de la muerte, recuerdo a mi abuelo. Poco antes de que partiera, yo estaba a su lado en la cama, tomando su mano, y me dijo: «No es tan malo morir cuando has vivido apasionadamente». Imágenes de mi vida pasaron por mi mente y, por un momento, me sentí tranquila y olvidé dónde estaba.

De golpe vuelvo a la realidad cuando siento que el auto se detiene y conduce lentamente. Comienzan a hablar en voz alta, salgo de mi estupor y me doy cuenta de que tengo la espalda tensa, pero me siento fuerte, como si el miedo se hubiera ido con mis recuerdos. Aspiro profundamente, esta vez la tos no gana la batalla; entonces me percaté de que el cuerpo se me ha adormecido. Sonrío, suspiro... no sufro más dolor. Por alguna razón, le agradezco en silencio a mi abuelo.

«¿Qué tal una nadadita?», se escucha la voz alegre de Montaña, mientras el otro enciende un cigarro. Recupero la tranquilidad y comienzo a explicarles que este maltrato se va a saber, que

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

están violando mis derechos. Yo pensaba en las llamadas, en lo que me habían dicho de Loret de Mola y las organizaciones de derechos humanos; de seguro que para ese momento ya sabrían los nombres de los judiciales y de su jefe. Esa noción de una realidad más allá de mi miseria entre cuatro puertas de un automóvil me empoderó profundamente.

Ellos, en cambio, se ríen y Montaña, en tono muy amable, empieza a contar anécdotas de todas las veces que les han denunciado ante Derechos Humanos, pero comentan que no sirve para nada. «De todos modos siempre dicen lo que les da su chingada gana en los medios, pues una más ni quien les crea, ni pedo. Nosotros estamos siguiendo órdenes, es nuestro trabajo, sólo obedecemos; el jefe dice que usted es una criminal. En Puebla manda el patrón», dice Pérez, quien ahora quedó al volante y se queja de estar muy cansado.

Descubro que llegamos a Champotón; está oscuro; abren las ventanas y comienzan a preguntarme si eso que suena es el mar; yo respondo: «Creo que sí». Se les empareja la Liberty y ambos hablan desde las ventanas: «Aquí es el mar, está tranquilo. Vamos a ir a comer un cóctel de camarones», les grita el hombre de cabello canoso. La avenida está desolada y todas las marisquerías cerradas. Me descubro hablando en un tono casi infantil, suplicante: «Pero está todo cerrado, ¡las marisquerías no abren a medianoche! ¿Por qué se van, adónde van?». Ninguno responde. Ya en silencio pienso: se fueron para que me tiren al mar. Entonces hago una plegaria en angustioso silencio a mi madre muerta: «Por favor, mamá, por favor, que no me tiren al mar, nadie va a encontrar mi cuerpo». Enseguida escucho con alivio: «No... mejor vámonos ya», dice Montaña, pero es ignorado y la Liberty se da vuelta en U, dejándonos solos. Yo me siento más alerta que nunca, algo dentro de mí cuerpo estalla, es el miedo que se expande desde el

UN SECUESTRO LEGAL

vientre hasta las extremidades, dentro de la cabeza escucho el tamborileo de mi corazón. Estamos en el malecón de Champotón, no hay un alma cerca... nunca el rugido del mar me pareció más feroz.

Con las ventanas abiertas se escuchan las olas entre la oscuridad y el aroma de aire salado, acre de los moluscos que se sujetan de las rocas. De pronto apagan el motor y se baja Montaña. Pérez, el conductor, me pregunta desganado: «¿Que no quiere nadar?», y con el arma en la mano me hace señas hacia la puerta. Se baja del auto y deja abierta su puerta. Congelada en el asiento, con un hilo de voz, le respondo que me siento mal y que no voy a bajar. Se quedan un momento parados viendo el mar, hablan entre sí, encienden un cigarro y toman del auto dos Coca Colas y comienzan a beberlas: «Cuando quiera, eh», me dice el otro agente y se asoma al auto, agachándose. Montaña, a un par de metros y con un tono tranquilo como quien da la hora, me manifiesta: «En lo que vienen los compañeros con su cebiche, ¡ándeale, una nadadita!». En un hilo de voz ahora sí audible dije: «Por favor, comandante, no... nunca van a encontrar mi cuerpo... por favor». Un ataque de tos me detiene. Me abrazo a mí misma y quedo petrificada en el auto, negándome a salir. Ellos juegan con frases como «Ándeale, no que muy valiente para escribir mentiras y andar difamando; ándeale, ahora si ya no quiere escribir, ¿verdad?»

Pérez sube la voz para ser escuchado: «¿Te acuerdas de aquella vez que se echó a correr el detenido del asalto?, pobre! Se nos fue un tiro y allí se quedó por desobediente! ¡Cuando quiera, chinitos! Aquí podemos pasar toda la noche».

Yo guardo silencio y me acurruco; sólo recuerdo que sentía pesado mi cuerpo e imagino el peso de una roca en mis piernas; de intentar sacarme del auto, tendrían que hacerlo arrastrándome. Sin embargo, ellos no están pendientes de mi angustia y siguen su

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

juego verbal. Jesús Pérez suelta la frase como si yo no escuchara: «Como dice el jefe... era bien rejega, trató de escapar y se aventó al mar; tratamos de encontrarla, pero estaba oscuro». Montaña sigue callado, mientras Jesús sigue hablando y enciende un cigarro: «Se puso histérica y no pudimos sacarla... nosotros cumplíamos con nuestro deber de llevarla sana y salva».

Suena entonces el celular del agente Montaña, quien responde con monosílabos. «Sí, no, sí señor, no señor, sí, está bien, señor». Mientras habla, hace señas a su compañero y se suben al auto. Cuelga y espeta a Pérez: «Cambio de planes»; voltea a verme y en un tono socarrón dice: «Es usted famosa. Ya salió en la tele». Marca el celular y le dice a su interlocutor que hay cambio de planes y que los alcancen (son los de la Liberty).

Pregunto qué sucedió, pero no responden; platican entre ellos sobre órdenes del jefe. Ahora tendrán que manejar más rápido, es decir, a velocidad normal para llegar a Puebla tan pronto puedan. Entonces Montaña se dirige a Pérez: «Mejor, así llegamos temprano y el jefe se encarga». El otro responde, como descifrando: «Hay cambio de planes, ¿qué pasaría?, ¿se la llevarán directo al jefe?».

La sensación de estar a salvo se apodera de mí; sin embargo, después de tantas horas de estar dentro de la montaña rusa, busco no elevar mis expectativas; la caída es demasiado dura para resistirla una y otra vez. Intento distraerme tratando de averiguar en qué kilómetro vamos. Me siento mal, sube la fiebre y, como en una perorata, por enésima vez pido mis medicamentos, pero ellos me ignoran. De repente Montaña me pasa de mal modo unas pastillas de dulce de menta y dice: «Allí está, para la tos».

La oscuridad de la noche abraza la carretera. Aumentan los accesos de tos y fiebre. Me atrevo a decirles que si me desean entregar bien, deben comprar mis medicamentos. Si lo hacen no diré nada; prometo como una niña que pide piedad a su captor.

UN SECUESTRO LEGAL

No me importa, lo que me preocupa es evitar recaer con la neumonía que me mantuvo en el hospital tres meses antes.

En el camino recuerdo el rostro dulce y conmovedor de Rosario Ibarra de Piedra. Comprendo entonces la angustia que me invade: imaginar a mi familia buscándome viva, perdida, o al menos mi cadáver, durante años, con una angustia inenarrable. El que nadie sepa qué sucedió en realidad, más que los crueles verdugos del Estado, le da otra dimensión al miedo. Ya no es mi miedo, sino el de mis seres amados. Cuando otros son dueños de tu destino, no piensas más que en tus amores. Imagino a Jesús. Viene a mi mente su imagen, la que Rosario carga sobre su pecho, y lo veo a él, a su hijo despidiéndose de ella, seguro de que sus principios le dieron paz al alma que partía. La certeza de la muerte es más noble que la de la incertidumbre de la tortura psicológica.

Pasamos Villahermosa y comenzamos a trepar la sierra de Veracruz. El frío se cuela por las ventanas delanteras, abiertas completamente. Los agentes fuman mientras yo, con el rostro pegado al vidrio, intento mantenerme despierta. A ratos recuerdo que mis brazos deben estar atrás; tenían derecho a esposarme, pues era su detenida. A ratos charlan entre ellos. El silencio se convierte en mi aliado. De vez en vez miro hacia atrás: los faros de la Liberty nos observan vigilantes. Montaña enciende un radio de consola UHF instalado en el vehículo. Prueban un par de veces para buscar la frecuencia de la Policía Judicial, pero no la encuentran aún.

La voz de Montaña irrumpe mis pensamientos: «En unas horas llegamos y, ya sabe, en lo que quedamos: usted dice que la tratamos bien y nosotros tranquilos. Si se pone de bocona, ya sabe, sabemos dónde vive y dónde trabaja, hasta a las playas que va». La voz vulgar de Pérez irrumpe: «Ya sabemos que le tupe a la cerveza y los biquinitos que usa... bien cachondos», suelta una carcajada. «¿Tenemos un trato, señora?», pregunta Montaña. «Sí, claro»,

MEMORIAS DE UNA INFAMIA

respondo a media voz. Sigue en un monólogo con un tono amable, discordante con el contenido de sus palabras. Me explica que él es un hombre de palabra y siempre cumple; que si yo no cumplo mi palabra, me atengo a las consecuencias. «A mí me cuida mi jefe; a usted ¿quién la protege?». «Nadie», respondo, con la nimia esperanza de que se calle y me deje en paz.

De pronto bajan la velocidad, entra una llamada al celular y Montañó responde: «Sí, mi comandante Rocha, sí, sí, está bien, en la Esperanza nos vemos». Empiezan a comentar cómo Rocha se va a encabronar porque no siguieron sus órdenes. Encienden el radio y unos minutos después su comunicación con Rocha es por radio en clave y frases escuetas.

Al salir de Veracruz para entrar al estado de Puebla se desvían, entran en la ciudad y se paran en una farmacia. Todo es muy rápido, no doy crédito. Montañó abre la puerta y me pide que baje. «Le voy a prestar dinero de mi aguinaldo para sus medicinas», le escucho decir. Lentamente, con las piernas adoloridas, desciendo del auto, desconfiando de que sea otra broma. No comprendo nada, pero agradezco, me acerco a la reja de la farmacia y pido mis medicamentos; pero sólo alcanza para pastillas para la tos, no para el antibiótico porque es muy caro, Y entonces volvemos al auto.

Llegamos a la caseta y leo un gran letrero en un edificio rosado, que parece un restaurante; ya amanecía. Nunca antes la luz del día me arrobó el alma como esa mañana. «La Esperanza», leo en el muro y no puedo evitar sonreír. Detienen por completo el auto al lado de un vehículo rojo. De él se baja un sujeto moreno alto de bigote, ostensiblemente molesto. Lo saludan como «jefe, comandante Rocha». Me mira de reojo y les ordena: «Pónganle una chamarra». Montañó se quita su chamarra negra con siglas de la PJ y me la da, pero huele a sudor y a cigarro, por lo cual me niego a ponérmela. Me trajeron todo el viaje descubierta, con fiebre y

UN SECUESTRO LEGAL

destapada y ahora pretendían montar una charada. Montaña me dirige una mirada que me hiela la sangre: me dice que es una orden; ante ello, me pongo la chamarra sólo por encima. Los hedores de sudor y cigarro añejos llegan a mi nariz y controlo un arrebato de náuseas.

Rocha da la orden a dos mujeres judiciales vestidas de civil, que venían en su vehículo, para que se suban en el auto. Le ordena a Pérez que se baje y les dice a las policías casi a gritos: «Ustedes venían con ella desde Cancún». Las palabras se me escapan: «¡Soy periodista, comandante Rocha, y ellas no venían conmigo!». Me arrepiento de haber hablado. El sujeto me mira fugazmente con un dejo de desprecio, luego me ignora y dirigiéndose a Montaña dice: «Déjala usar el teléfono pa' que avise a su familia. Aquí no pasó nada y si habla que se atenga a las consecuencias», sentencia Rocha, mientras las agentes vuelven del otro auto, con sus bolsas y enfundadas en sus envidiables chamarras para subirse a nuestro auto. Pérez se va con Rocha y la Liberty nos sigue atrás.

PUEBLA DE LOS ÁNGELES DE KAMEL

Al entrar a Puebla me atrevo a pedir a Montaña que me deje avisar a mi familia. Primero él hace una llamada y avisa a su interlocutor que están entrando a Puebla. Luego marca el número que le dicto y me pasa el teléfono; no puedo creerlo. Lo tomo y escucho la voz de Jorge, mi pareja. Él habla apresurado, diciendo que están en la Procuraduría poblana y que allí me esperarían. Acierto a decir: «Me van a llevar a los separos y de allí a la cárcel». Montaña me interrumpe: «No, a los separos no. Yo solamente bajo por un papelito y nos vamos directo al Cereso». Jorge escucha la voz de Montaña y cortamos la llamada.